

*Calderón, apóstol y hereje*, Varios autores, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1982, 177 pp.

Libro de luz y controversia, de genio y desafío, de agudeza y metáfora, de apariencia y realidad, como el Barroco; pero definitivamente de preocupación y entusiasmo.

Calderón, hombre del siglo xvii, apóstol y hereje, hombre de su tiempo, literatura sin tiempo, a pesar de todo. Es su teatro afirmación de su momento, pero también, como lo expresan estos autores en sus páginas, aquel que con sus sutilezas y engaños literarios provoca, o pide, una ruptura con el engaño de la realidad española. En su poesía, como en el arte genial de su siglo, su concepto elaborado y trabajado sintetiza, con artificio, una realidad vital, la suya, la que es y la que debe ser, y la convierte en realidad estética, a fuerza de penetrar más profundamente en la elaboración del concepto. De un concepto que se ensancha, se llena de matices, de adorno, de sensorialidad. Al complicarse el concepto, se violenta el lenguaje y se construye el artificio de una realidad que contenta a unos —a la España de su siglo— y revela a otros su repudio latente hacia ese honor que asesina, o su insistencia en la libertad íntima y propia para elegir un estado perfecto o el camino del hombre desde la atadura y la cueva hasta la liberación, o la sintetización de los mitos y la aleación de las expresiones religiosas, etc.

Calderón es un ser que se cierra y se preserva para aquellos que de alguna manera se le acercan, lo acechan y logran capturarlo.

De Calderón, como de los grandes escritores del siglo xvii español, se puede decir mucho, pero se corre el peligro de caer en lugares comunes. Es ahí donde no deseo caer, como no han caído los autores del libro que ahora nos ocupa.

En el primer ensayo encontramos al primer “hereje”, James Valender, quien, como expresa José Amezcua en su presentación, nos provoca una sacu-

didada con su tesis sobre la no actualidad de Calderón, con la que podemos estar de acuerdo o rebatirla también de una manera saludable. Independientemente de lo que resulte, podemos insistir en que el artículo es producto de, también, sanas lecturas. No lo desprecia, si es que esto es un desprecio, por desconocimiento, sino, tal vez, porque la línea temática del autor y la del Dr. Valender sean diferentes o porque, bajo el influjo de Cernuda, Calderón no se preserva.

La visión calderoniana del mundo no es humana, insiste el Dr. Valender, y no habla a nuestra condición de hombres. Sin embargo, el ensayo de Josefina Iturralde "Libertad y Amor en *La dama duende*" parece enmendar la plana y expresar de qué manera Calderón establece un juego entre lo que el público debe oír, de acuerdo con la ideología dominante, y lo que el artista desea mostrar, en lo que se refiere a nuestra condición de hombres, al ser contemporáneo. Para ello Calderón ve los atributos humanos en su esencia y libres de toda contingencia. A través de su análisis Josefina Iturralde penetra más adentro de la superficialidad temática que sería una "loa al sacramento del matrimonio" y encuentra en el personaje femenino la libertad propia del ser humano para actuar y dar solución al conflicto de ordenar la propia existencia en el marco de esa libertad. No trata Calderón sólo de admitir el mundo cerrado y rígido de la honra, sino la forma como la mujer debe vigilar, conocer, cambiar ese mito, de manera que en lugar de engaño haya ilusión; de conceptos, pasión; de deshonra, amor.

Esta corrección que pretende, y en efecto realiza Calderón en la obra analizada por Josefina Iturralde, es a lo que se refiere Enrique López Aguilar en "Calderón, escritor de la crisis" al encontrar en nuestro autor un énfasis de aspectos gozosos, "no sólo como evasión, sino porque el arte es capaz de corregir a la naturaleza" porque "se apoya en la capacidad de transformación del hombre sobre las estructuras sociales y naturales".

Es una lástima que López Aguilar no nos diga porqué, a pesar del tiempo, "el teatro calderoniano sobreviva por sí mismo" aunque testimonie los contrastes de su siglo.

También para Federico Patán y para José Amezcua, y lo expresan a través de sus análisis, existe en la poesía dramática de Calderón no sólo el juego de la metáfora sino también algo latente y obvio, ese "desasosiego íntimo" que lo lleva a expresar, por una parte, la crueldad del catolicismo español a partir de la crueldad de los dioses griegos, puesto que manifiesta con ostentación que "la religión es una trampa que impide ver con realidad", causa ésta de la tragedia de Narciso.

Federico Patán ve en *Eco y Narciso* que las cuevas de Calderón no son sólo la expresión del primitivismo, sino también el inicio del camino del hombre a su perfección y a su libertad, y de su libre albedrío; aunque en el hombre del siglo xvii esa decisión esté enmarcada en un sistema que niega la

libertad. Y es justamente aquí de donde procede esa “amargura sorda de los versos de Calderón”.

Por su parte José Amezcua nos introduce al sentimiento y espanto de lo sagrado, al poderoso sentimiento religioso que impera en *La devoción de la Cruz*, demostrando cómo la concentración en lo sagrado, la reiteración del espacio abierto y el cerrado, y sobre todo la utilización de un símbolo totémico, como puede ser la cruz, identifica este ámbito católico con las fuentes originales de las religiones. De manera que aquello que Calderón propone es la ruptura del estatismo de la religión católica y la revitalización, a través de esas fuentes originales. Amézcuca nos introduce, con Freud, Levi-Strauss, al reconocimiento de la reconcentración de lo religioso en el tótem, en la cruz, eje cósmico de salvación, que impide la unión matrimonial entre los individuos de un grupo, y que libera al ser caído de toda culpa social o religiosa. Por ello el alejamiento de lo natural, de los orígenes, puede llevar a perder el paraíso; por el que se debe siempre luchar a pesar de estar conscientes de la derrota.

Ninguno de estos estudios ha reflejado que “se esté glorificando nuestra capacidad para enajenarnos de nuestra realidad” como expresa Valender, sino que de alguna manera hay un compromiso de Calderón con la problemática del hombre. Por eso Sergio López Mena, en su análisis sobre *Eco y Narciso*, afirma que nuestro dramaturgo, en ese mundo interior que nos sugiere, aguarda su reconocimiento.

Leer a Margo Glantz es escucharla entre la melodía de su voz y las síntesis y lucubraciones de su metáfora. Por medio de ella —de la metáfora— nos introduce en la recreación de mitos clásicos. Semíramis es el ámbito natural, el animal: ave, mariposa, aire, fiera. Prodigio calderoniano, expresa Margo de *La hija del aire*, donde bajo el influjo de la metáfora se cuentan historias humanas. Por eso, desentrañar la metáfora y el mito, a partir del cabello —tema de la seducción, del vuelo, de la imaginación, de la fuerza y la fiereza— no es sólo un juego entretenido del ingenio —que Margo proyecta, y mucho— sino una verdadera preocupación por encontrar el sentido humano, heroico y vital de la poesía dramática.

También en este entusiasmo por interpretar y definir la metáfora y su juego, y determinar la existencia de tópicos de la antigüedad clásica, Tatiana Bubnova pretende penetrar en la cohesión metafórica y en el juego de lo racional e irracional de la tragedia, a través de la imagen. Es en este juego de elementos donde Calderón estructura los conflictos humanos que se plantean en *El pintor de su deshonra* y éstos son, otra vez, la inutilidad de un sentimiento como la honra, que lleva a la destrucción, lo injusto del designio y la explosión de las pasiones humanas que coartan la racionalidad y la libertad.

La última parte del libro es, en su revelación, el buen final. Excelente in-

investigación erudita sobre el proceso inquisitorial de *Las Cadenas del demonio*, obra herética y apostólica, obra que sintetiza y define a Calderón de la Barca, hombre de su tiempo en su apostolado, en su forma mecánica de captar la ideología de la clase dominante; hombre sin tiempo en su obra, por su "herejía", su sutil rebeldía, su sugerencia de romper necesariamente con ideologías absurdas y obsoletas, su rechazo a los mecanismos de clase, a través de ese "desasosiego íntimo" que logran sentir y expresar los autores de este libro.

Después de estos diversos y aún contradictorios acercamientos a Calderón resalta una conclusión también múltiple: Calderón es todavía, en su vigencia, autor atractivo a múltiples acercamientos, unos devotos y otros iracundos. En ello reside, con su inherente mundo conceptual y metafórico, con su deslumbramiento y ambigua genialidad, su actualidad, su capacidad de asombro y, por ende, de polémico atractivo.

Alicia Correa Pérez